

# A la hora de votar

por Jesús María Silveyra

A la hora de votar, los creyentes en general y los católicos en particular, no podemos taparnos los ojos, sellar la memoria, dejar a un lado nuestra ética ciudadana ni, mucho menos, silenciar nuestra conciencia moral. Todo lo contrario, debemos abrir los ojos a la realidad político-social en la que estamos inmersos, recordar todo lo que ha venido sucediendo en este tiempo, juzgarlo a la luz de la ética más simple que debe regir cualquier República y, por último, discernir desde nuestro interior más profundo lo que nuestra conciencia moral nos indique como más conveniente para el país.

Algunos pensamientos podrían ayudarnos en ese proceso de discernimiento a la hora de elegir a qué políticos apoyar a través de nuestro voto. Escojo los de dos personajes que me parecen muy apropiados en este momento.

El primero, el de ese gran santo que fue Tomás Moro, quien se negó a convalidar los deseos absolutistas del rey Enrique VIII y prefirió morir degollado a renegar de su fe. Es bueno recordar lo que dijo antes de lo que ejecutarán: “Muero como buen servidor del Rey, pero primero de Dios”. Tomás Moro decía que: “Para ser buenos políticos hay que ser, ante todo, personas íntegras y formadas; formadas especialmente en la vivencia según los valores cristianos. De este modo pueden ser fuertes interiormente para poder resistir a las tentaciones del poder”.

El 31 de octubre del año 2000, el Papa Juan Pablo II nombró a Tomás Moro patrono de los políticos y gobernantes y entre otras cosas, dijo: “Urgen opciones políticas claras a favor de la familia, los jóvenes, los ancianos y los marginados, y Tomás Moro se distinguió por su fidelidad a las autoridades y a las instituciones legítimas, porque en ellas quería servir no al poder sino a la justicia; para él fue clara la primacía de la verdad sobre el poder, y fue contundente al afirmar que ‘el hombre no puede separarse de Dios, ni la política de la moral’”.

El segundo pensamiento que elijo, es el del difunto cardenal vietnamita, Francisco Javier Van Thuan, quien estuvo 13 años preso del gobierno comunista por profesar la fe católica (9 de los cuales los pasó en confinamiento total dentro de una celda sin ventanas). Van Thuan escribió una serie de “bienaventuranzas” sobre los políticos, que pueden servirnos de referencia:

1. Bienaventurado el político que tiene un elevado conocimiento y una profunda conciencia de su papel. El Concilio Vaticano II definió la política «arte noble y difícil». A más de treinta años de distancia y en pleno fenómeno de globalización, tal afirmación encuentra confirmación al considerar que, a la debilidad y a la fragilidad de los mecanismos económicos de dimensiones planetarias se puede responder sólo con la fuerza de la política, esto es, con una arquitectura política global que sea fuerte y esté fundada en valores globalmente compartidos.

2. Bienaventurado el político cuya persona refleja la credibilidad. En nuestros días, los escándalos en el mundo de la política, ligadas sobre todo al elevado coste de las elecciones, se multiplican haciendo perder credibilidad a sus protagonistas. Para volcar esta situación, es necesaria una respuesta fuerte, una respuesta que implique reforma y purificación a fin de rehabilitar la figura del político.

3. Bienaventurado el político que trabaja por el bien común y no por su propio interés. Para vivir esta bienaventuranza, que el político mire su conciencia y se pregunte: ¿estoy trabajando para el pueblo o para mí? ¿Estoy trabajando por la patria, por la cultura? ¿Estoy trabajando para honrar la moralidad? ¿Estoy trabajando por la humanidad?

4. Bienaventurado el político que se mantiene fielmente coherente, con una coherencia constante entre su fe y su vida de persona comprometida en política; con una coherencia firme entre sus palabras y sus acciones; con una coherencia que honra y respeta las promesas electorales.

5. Bienaventurado el político que realiza la unidad y, haciendo a Jesús punto de apoyo de aquélla, la defiende. Ello, porque la división es autodestrucción. Se dice en Francia: «los católicos franceses jamás se han puesto en pie a la vez, más que en el momento del Evangelio». ¡Me parece que este refrán se puede aplicar también a los católicos de otros países!

6. Bienaventurado el político que está comprometido en la realización de un cambio radical, y lo hace luchando contra la perversión intelectual; lo hace sin llamar bueno a lo que es malo; no relega la religión a lo privado; establece las prioridades de sus elecciones basándose en su fe; tiene una carta magna: el Evangelio.

7. Bienaventurado el político que sabe escuchar, que sabe escuchar al pueblo, antes, durante y después de las elecciones; que sabe escuchar la propia conciencia; que sabe escuchar a Dios en la oración. Su actividad brindará certeza, seguridad y eficacia.

8. Bienaventurado el político que no tiene miedo. Que no tiene miedo, ante todo, de la verdad: «¡la verdad –dice Juan Pablo II- no necesita de votos!». Es de sí mismo, más bien, de quien deberá tener miedo. El vigésimo presidente de los Estados Unidos, James Garfield, solía decir: «Garfield tiene miedo de Garfield». Que no tema, el político, a los medios de comunicación. ¡En el momento del juicio él tendrá que responder a Dios, no a los medios!